

como el cuadro o telón demasiado fantástico de un teatro nos distrae de la escena.

Bien. Estos son defectos por exceso de calidad. Calidad reconocida anteriormente en cada obra del autor, especialmente en «Pacífico-Atlántico» y en «Dos Hombres», y que ahora se manifiesta en cada página que recorremos: «...surgen delante de nosotros los glaciares que desembocan, vertiginosos, sobre el mar. Anchos y blancos, bajan petrificados hasta el borde del canal. Están ahí desde hace siglos, en la muerta inmovilidad de su destino. Un golpe de sol, sorpresivo e inesperado, les infunde, por un instante, una vida milagrosa. Se llenan de fisuras azules, de grietas hondas y luminosas y se diría que sobre ellos ha descendido el gozo de una secreta voluptuosidad». (páginas 22 y 23).

Trozos como éste, fluyen a cada paso en la narración de Melfi, regidos por una clara prosa, gallarda y mesurada; y nos va describiendo los múltiples aspectos de esas regiones nevadas y tormentosas, de belleza a veces idílica y a veces trágica y apocalíptica, sobre las cuales reina, congelada, la desnuda soledad intangible, que el autor viste con las galas de su estilo.

Es, esta ponderación y medida del estilo, de Melfi, su condición especial y específica. Fuera del valor literario y sociológico de «El Hombre y la Soledad», agradecemos también en él su aporte informativo.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

https://doi.org/10.29393/At183-13CULD10013

CUTIMUNCU, novela de *Luis Toro Ramallo*, editada en los talleres gráficos de la Casa Nacional del Niño.

¡Cutimuncu! En la lengua quechua esta extraña palabra que sirve de título a la novela de Luis Toro Ramallo, significa «han vuelto». Fué seguramente esa la expresión que se escapó de labios de todos los indios que contemplaron, sin que se con-

trajera un solo rasgo de su fisonomía hierática, el paso de los largos convoyes de tropas que regresaban del frente de guerra, trayendo a las ciudades del interior de Bolivia a los ex combatientes. En esta novela, su autor se refiere a la existencia que hace esa gente en esta etapa de la vida boliviana que se inicia junto con el término de las hostilidades.

En un comienzo, el espectáculo de las tropas que vuelven del Chaco llama poderosamente la atención de las gentes que se reúnen en las estaciones a observarlo. Y en realidad el espectáculo ofrecía un gran interés, pues aquellos largos meses que a su turno les tocó vivir a los soldados, sufriendo las inclemencias de un clima feroz, sumados a los padecimientos de la contienda, los fueron transformando en un ejército de espectros. Volvían, además, con los nervios relajados por una tensión permanente y con su organismo maltrecho por toda clase de achaques. Empero venía también con ellos la fuerza de una gran ilusión: la de la gratitud de la patria, en premio a sus reiterados sacrificios. Les atraía como un conjuro mágico el hogar, los vínculos familiares, la dulce alegría del retorno a la vida normal. Soñaba con ver reflejarse en el rostro de los seres amados la dicha de volver a verlos. ¡Eran tantos los que se quedaron allá en medio de la terca e inhóspita soledad, para ser devorados por las aves de rapiña! Sus huesos quedaron blanqueando entre la erizada maraña del tuscal.

Porque a esos seres que fueron derribados por la metralla, defendiendo el honor y la integridad de la patria, hasta la paz de un sepulcro les negó su mísero destino. Las duras contingencias de la guerra, en que la piedad y el sentimiento humano eran como una especie de símbolo lejano y sin significación, alejaban todo sentimentalismo del pecho de esos hombres aturcidos por el insistente tronar del cañón y exasperado por el escalofriante tableteo de las ametralladoras.

Como en el caso de remarque, a Luis Toro le tocó presenciar y combatir, en la guerra del Chaco. Aquellas visiones,

Toro las dejó consignadas en un libro de fuerte y trágico realismo. («Chaco», editado por Nascimento). Ahora este «Cutimuncu» viene a corresponder al «De regreso» del citado escritor alemán. El escritor boliviano, como el europeo fustiga con áspera energía, no tanto a la guerra misma, que ya es una especie de fatalidad a la cual el hombre está abocado y de la que no puede sustraerse sin menoscabo de su honra, sino a aquellos que la causan o alimentan la horrible hoguera, sin darse cuenta de su espantosa brutalidad. De la repercusión nefasta que tiene en la vida de un pueblo.

Porque en el soldado que tiene conciencia de la parte que le toca en ella se producen violentas reacciones que le hacen renegar de su suerte, comparándola con la de aquellos privilegiados que tienen una patria para explotarla, para gozar de todos sus beneficios, negociar hasta con su desgracia y nunca arriesgar nada. Entonces ese soldado blasfema a diario en contra de esos emboscados hacia los cuales comienza a sentir un odio violento, feroz. Un odio que no logra sentir ni siquiera contra el enemigo que tiene enfrente, que seguramente es un pobre diablo que está embromado como él.

Y después de aquellos que se escaparon de una bala, o que una granada lo repartiera triturado a los cuatro vientos, los recibe la indiferencia, la burla compasiva de aquellos héroes de oficina que cuentan su inmundada y asquerosa historia de seudos combatientes frente al inválido. Frente al que llega sin un brazo, o está cojo, ciego, horrorosamente desfigurado. Entonces la patria resulta una entelequia monstruosamente absurda, y el hombre experimenta no ese reconfortamiento que esperaba, después de aquellos infernales días del «pahuichi», del «tuscal» y del tórrido clima, que sin embargo no lograron vencerlo. Lo vence la ingratitud humana. Y es en ese momento cuando siente nacer dentro de él a un redentor, a un apóstol que limpie a la patria de toda aquella carroña humana.

Es el caso de Roberto Montero, cuyo drama de víctima

de la post-guerra traza Luis Toro con pinceladas fuertes. A ratos con mordacidad, a ratos con una ironía no exenta de amargura. Mas no olvida que es un artista, un escritor enamorado de esta América india que tantas bellezas tiene. Y entonces se aparta de todo lo mezquino, sórdido o repulsivo para suavizar su relato con una imagen maravillosa, evocar una escena típica o pintar el paisaje de su tierra. Para contar sus leyendas, su gracia autóctona, y dejar en el lector la emoción gozosa de un libro bello de esta América, que necesita que sus escritores digan, sin cansarse jamás, todo cuanto hay en ella de expresivo y de característico.—LUIS DURAND.



MEDITACIONES NEOYORKINAS, por *Alberto Rembao*.—Editorial «La Aurora». Buenos Aires.

La personalidad de Alberto Rembao, por harto conocida no necesita ser presentada ante los lectores de Indo-América; suya es la mano eficaz y segura que empuña el bastón de comando de la «Nueva Democracia», mensajera de amor y aproximación entre todos los hombres de buena voluntad de este hemisferio. Un año hace apenas que enhebramos un comentario fugaz sobre su libro «Mensaje, Movimiento y Masa», en el cual Rembao, en plan de reajustes y de revisiones frente a la realidad actual, formula agudas observaciones y sugiere categóricos atisbos acerca del Cristianismo como doctrina.

Desde ese mirador que Rembao se ha construído en las últimas—last but not least—páginas de su revista, durante muchos meses, él ha estado haciendo pasar bajo su prisma todos los grandes y pequeños problemas espirituales del ayer, del hoy y del mañana. Bajo el mismo título de aquella sección «Meditaciones Neoyorkinas», reúne Rembao ahora en este volumen frutos selectos de su cosecha. Leer estas páginas es un